

Acerca de la « leyenda de los guerreros araucanos ».

Arauco Chihuailaf

I.U.T. de Tremblay en France.

Université de Paris VIII.

« Es un lugar común en la mentalidad chilena pensar que los araucanos fueron una ‘raza militar’ y que sus características habrían pasado a sus descendientes mestizos, los chilenos » escribía S. Villalobos en los años 80 (1982 : 23). Su objetivo era terminar con la « leyenda » según la cual los araucanos fueron guerreros al haber resistido casi tres siglos (XVI-XVIII) al conquistador hispano. Es una explicación –afirma- sustentada en el racismo de comienzos de siglo y « se ha mantenido por la inercia de los prejuicios ». Los araucanos « no eran una raza guerrera porque no hay razas guerreras » (S. Villalobos, 1996 : 44, 45) ¹ .

Que hayan sido una « raza guerrera » o simplemente guerreros, no nos parece lo esencial. Más relevante, para comprender la leyenda, es el hecho de que la prolongada resistencia araucana haya sido utilizada para que el « pueblo chileno » se diera « una imagen heroica de sí mismo » (Villalobos, 1995 : 209).

¿Quiénes forjaron la leyenda ?, ¿quienes la prolongaron en el tiempo ?, ¿a quienes sirvió ? Son interrogantes centrales que pueden contribuir a una explicación. Es el aspecto que deseamos subrayar aquí.

« Leyenda » y resistencia araucana.

Si se deja de lado -con justa razón- la idea de raza, se podría hablar de « pueblos guerreros » o de « sociedades fundadas en la guerra » ² , pero para S. Villalobos, los araucanos sólo tuvieron « habilidades bélicas » como todo pueblo las tiene cuando las « necesidades momentáneas » lo urgen (1982 : 24).

La idea de guerreros viene de algunos conquistadores (siglo XVI y XVII), por ejemplo : Alonso de Ercilla, Pedro de Valdivia, Francisco Villagra, uno de los capitanes de conquista y después gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza, Santiago de Tesillo, maestre de campo y lugarteniente del gobernador Francisco Lazo de la Vega, Juan Cortés de Monroy, hijo del maestre de campo Pedro Cortés de Monroy, el cronista Mariño de Lobera, el Maestre de campo Jerónimo de Quiroga. Según este último, que no destacó por su indulgencia con los araucanos, estos « bárbaros » defiendieron su libertad durante muchos años frente a la « nación española, que tantas naciones ha sujetado », con armas rudimentarias y « sin socorros extraños ». Visión exagerada según Villalobos pues « Ercilla y sus seguidores » hermopearon la lucha en la Araucanía (1995 : 64). No sólo los araucanos tuvieron “habilidades guerreras”, también la tuvieron atacameños y picunches que « lucharon con ardor » (1995 : 45 y 50).

Si los araucanos sólo fueron guerreros de leyenda, ¿cómo pudieron enfrentar con éxito al invasor ?

El éxito militar que alcanzaron en el primer siglo de guerra se explicaría por : el número, el conocimiento del medio geográfico (esto no sólo es válido para los mapuches, las guerras modernas, por ejemplo, así lo muestran) el desaparecimiento del

oro al sur del Bío-Bío, las costumbres alimentarias que dependían escasamente de la agricultura, la inutilidad de la caballería en la montaña, las dificultades para transportar la artillería, la desorganización social (Villalobos, 1995 : 44-53).

González de Nájera (que estuvo en Chile de 1601 a 1607), ya se había referido a la superioridad numérica de los araucanos y al conocimiento de la naturaleza como factores que favorecieron a los mapuches en la guerra. La geografía –escribió en su Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile- era una verdadera « fortaleza » que no « se puede batir ni minar ».

¿La ventaja numérica fue realmente decisiva ? En 1629, cerca de la plaza de Arauco, el maestre de campo Alonso de Córdoba combate a la cabeza de unos 1000 hombres contra el cacique Butapichun que cuenta con 5000 combatientes. La batalla fue indecisa. En 1631, el Gobernador Lazo de la Vega con 1500 hombres se enfrentó con unos 7000 indios, estos últimos fueron derrotados (Ver Latcham, 1915). Por lo demás, ¿cómo pelea un grupo con gran ventaja numérica (8.000 o 10.000) contra pequeños destacamentos de cien o doscientos ? Rodearlos, pero no todos a la vez, sino por turno. La técnica no fue realmente exitosa, así lo comprendió Lautaro (Ferrando, 1986 : 284) .

B. Vicuña Mackenna dice que Lazo de la Vega (siglo XVII) con 800 soldados « colectados entre la hez de los pobladores del Perú ... desbarató siete mil indios » (1939 : 393) .

No fue el número sino la movilidad, la ubicuidad, la constante adaptación de la guerra impuesta por los españoles que hicieron del indígena un adversario difícil sostiene J. P. Blancpain (1996 : 89). Si algunos algunos factores, como el geográfico, la organización social, fueron favorables a los mapuches, pretendemos que lo esencial no está ahí. Más bien habría que preguntarse : ¿Cómo un pueblo « poco evolucionado », « semidesnudo », pudo adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones de lucha, contra armas modernas ? Cronistas como González de Nájera, Mariño de Lovera, que no fueron condescendientes con los « araucanos », admiraron, amén de su pertinaz resistencia, la asimilación que éstos hicieron de las técnicas españolas. Adoptaron el caballo, un medio de transporte esencial en la época, convirtiéndose en destacados jinetes. Se admitirá que, en el cuadro del siglo XVI, la superioridad tecnológica de los españoles no era poca cosa.

Hubo una transformación de la guerra –escribe Alvaro Jara- en el último tercio del siglo XVI y durante el siglo XVII. Los indígenas mejoraron las técnicas de guerra, asimilaron rápidamente las tácticas de guerra europea, la milicia llegó a ser más sólida. « En la medida en que la milicia indígena se perfecciona en el arte de la guerra, se establece un verdadero equilibrio de fuerzas ... ». En este caso ya no es una cuestión de número sino de « arte de guerra » a tal punto que « la caballería y la infantería eran armas temibles para los españoles » (Jara, 1961 : 69 y 64).

Para Carlos Aldunate (co-autor, junto a Villalobos y otros del libro Relaciones fronterizas en la Araucanía), « las aptitudes bélicas », el sistema de vida móvil, la facilidad con que el indígena incorporó el sistema de guerra a su modo de vida, son factores que « colaboraron al éxito de la resistencia contra el español » (Aldunate, 1982 : 75).

Podríamos colegir, por ende, que no sólo el número o las ventajas del medio natural, explican el éxito militar araucano. Reconocerlo no implica convertirlos en « raza guerrera », sino simplemente constatar algunas destrezas de las que dio prueba el enemigo « salvaje ».

En cualquier caso, no se podría sostener que los cronistas buscaban exaltar las cualidades araucanas. La mayoría de los documentos resaltaban las acciones españolas, para lo cual aumentaban considerablemente el « número del enemigo » (Latcham, 1915 : 50). Además, no se puede realzar la inferioridad numérica de los españoles desatendiendo el apoyo que recibieron de los « indios auxiliares ».

En trabajos más recientes encontramos otras explicaciones relativas a la guerra araucana.

F. Casanueva afirma que « la presión permanente de los españoles sobre las sociedades indígenas libres del sur del Bío-Bío exacerbó más aún el carácter guerrero de la sociedad mapuche ». « Exacerbó », pues en su opinión los mapuches constituyeron una sociedad guerrera. La guerra era consubstancial a este tipo de sociedades, lo que daba más independencia a los grupos e impedía « la aparición del Estado » (Casanueva, 1984 : 11 y 16).

Para G. Boccarda, la « gran capacidad de resistencia, de adaptación al cambio de la sociedad reche » se explica por la guerra que constituye un « hecho social central en la producción y reproducción material y simbólica de la sociedad y motor de la máquina social indígena » (1999 : 439, 440) .

¿No estaría indicando todo esto que la guerra fue para los araucanos algo más que una respuesta a « necesidades momentáneas » ? ¿Y que la « gran capacidad de resistencia » no se explica reduciéndola a una « leyenda » ? Pero volvamos al surgimiento de ésta que es lo que nos interesa destacar.

¿De dónde viene la leyenda ?

El origen remontaría a las crónicas y a los poemas épicos, particularmente La Araucana de Ercilla, pues realzaron el fantasma de la guerra « de modo que la mentalidad general se nutría de esas impresiones y las prolongaba en el tiempo » (Villalobos, 1995 : 21). Los militares contribuyeron igualmente, en el período colonial, al desarrollo de la leyenda ; éstos, para justificar su papel hacían circular « la alarma » y « la angustia » lo que no les impedía, bajo pretexto de vigilancia, entrar a las « reducciones » a comerciar (Villalobos, 1995 : 66).

La idea de que La Araucana constituye la fuente fundadora del mito no es nueva, ya se encuentra en el cronista A. González de Nájera que en 1614 achacaba a Ercilla el engrandecimiento de los araucanos impidiendo así un mejor conocimiento de las causas de la guerra. En el siglo XIX, B. Vicuña Mackenna afirmaba que la « grandeza militar de Arauco » era algo preconizado « por las Musas » (1939 : 393), pero admite el carácter prolongado de la Guerra cuya explicación no reside en el « valor ni la disciplina de los araucanos » sino en los insuficientes recursos asignados para sofocarla (1939 : 394). En nuestro siglo, J. Eyzaguirre (1948) sostiene que Ercilla en su admiración por el adversario araucano había « sobrepasado los límites » al endiosarlo, pero por otro lado, es éste el que impidió al menos por dos siglos la normalización de la vida entre los colonos, el que agotó « los recursos del erario » llevando a la monarquía a sufragar con dinero del Perú « el costo de una guerra sin descanso » entabando así el desarrollo de la « industria incipiente » y de la cultura (Eyzaguirre, 1980 : 35-39).

En 1977 Eduardo Correa del Solar en su « Estudio preliminar » de La Araucana, afirma que Ercilla creó « el mito araucano » y añade que en el indio de ese poema épico aparecen reflejados « los más genuinos y brillantes aspectos del alma hispánica » (Correa, 1977). Es decir, impugna la exageración de Ercilla en lo respecta a los

araucanos, pero le reconoce el mérito de haber exaltado el « alma hispánica » y de haber dado a conocer Chile hasta el punto de « gloriarnos de ser entre los pueblos modernos, el único cuyos orígenes hayan sido celebrados por la trompa épica a semejanza de las antiguas ciudades griegas y romanas » (Correa, 1977).

El origen del mito, ¿debe imputarse esencialmente a La Araucana o a quienes utilizaron ese « poema épico » para alimentar sentimientos patrióticos ?

Ercilla no sólo cantó « cosas harto notables » de los araucanos sino también « las proezas de aquellos españoles esforzados » (Canto I). Esto último se omite a menudo. Ciertamente no fue por folclor o exotismo que Cervantes y Lope de Vega prodigaron elogios al autor de La Araucana (Ver H. Montes, 1971). Ercilla canta la gloria universal de España y exalta « a los vencidos » para « engrandecer el triunfo y gloria de los vencedores » (Correa, 1977). Por lo tanto, no resulta tan flagrante que le incumba a ese poema épico la responsabilidad exclusiva de la leyenda si su finalidad no era hermohear la resistencia araucana.

Que la « mentalidad general » se nutriera del « mito » podría admitirse. Pero suponemos que no responden a esa « mentalidad general », los programas de enseñanza, los textos escolares, las fuerzas armadas, que en el siglo XX, mantuvieron la leyenda (Villalobos, 1995 : 209) con el fin de ensalzar el valor del pueblo chileno .

En el caso de los historiadores, no parece que se hayan instalado en confortables certidumbres sustentadas en Ercilla y los cronistas. Una mirada somera hacia el siglo XIX, permite constatar que en la primera mitad del siglo hubo una utilización simbólica del araucano (Bernardo O'Higgins, Francisco Antonio Pinto, por ejemplo). « Para Carrera, O'Higgins, Freire, el indio rebelde representaba el amor al suelo patrio y a la irrenunciable libertad » (Casanueva, en Pinto, 1998 : 58). Tal utilización no parece sorprendente por parte de quienes luchaban por consolidar la independencia de Chile. En cambio, en la segunda parte del siglo los historiadores liberales estigmatizaron al indígena : « salvajes », « primitivos », « brutos », etc. Descollaron en este terreno Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna (Casanueva, 1998). ¿Fue eso un reflejo de su pertenencia social y/o de posiciones ideológicas ? Barros Arana como Vicuña Mackenna pertenecían a la historiografía ligada « al desarrollo de la burguesía » y al ascenso de « la clase media » (Villalobos, 1980 : 28). Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XIX, Chile se proponía consolidar el territorio nacional. ¿Puede entonces extrañar la estigmatización de los araucanos que seguían resistiendo al sur del Bío-Bío, obstaculizando así (en la óptica de los sectores hegemónicos) la integración del territorio?.

Los historiadores que desempeñaron un papel de primer plano en la producción historiográfica de este siglo (A. Edwards, J. Eyzaguirre, F. A. Encina), no realzaron la Guerra de Arauco ni La Araucana. Para Eyzaguirre, la « guerra y el pillaje » era el objetivo del araucano y señaló « el estado de guerra casi permanente », para mostrarlo como un obstáculo y no como un valor, esto último habría sido inconcebible tratándose de gente movida por « apenas algo más que el instinto » (Eyzaguirre, 1980, 36, 44).

El asunto central –pensamos- no radica en la exaltación que Ercilla hace del araucano, sino el uso que los chilenos hicieron de La Araucana en el siglo XX. La transforman en fuente del patriotismo vehiculado por la ideología de los sectores dominantes para alimentar el orgullo nacional. Patriotismo que tuvo en la escuela (en este siglo) un terreno privilegiado. ¿Quién no recuerda (al menos quienes hicieron sus estudios primarios en los años cincuenta y sesenta) los cantos patrióticos para celebrar las fechas simbólicas de la historia patria : la batalla de Yungay (1839), la Guerra del Pacífico (1879), por ejemplo ? ¿O los versos de Ercilla recitados en la escuela primaria ? Evidentemente, no para resaltar las proezas araucanas sino nuestra

“chilenidad”: Chile fértil provincia y señalada / en la región antártica famosa, / de remotas naciones respetada / por fuerte principal y poderosa ; / la gente que produce es tan granada, / tan soberbia, gallarda y belicosa / que no ha sido por rey jamás regida / ni a extranjero dominio sometida (Canto I).

Es la estrofa más difundida y conocida de La Araucana .

La « leyenda » abre la vía para pensar que « del valor de los conquistadores y de la resistencia feroz de los indígenas ... de la sangre y el sudor derramados sin mezquindad, está surgiendo una nación » (Román-Lagunas, 1971 : 166).

¿Y los manuales escolares ? ¿Contribuyeron todos a alimentar la “leyenda”? Tomemos la Historia de Chile de Walterio Millar, manual aprobado por el Ministerio de Educación (editado en 1955 y reeditado 34 veces hasta 1977) : no encontramos alusión a la “guerra larga” ni exaltación de los “guerreros” araucanos, a menos que se considere como tal la afirmación : « Fueron los araucanos los indios más valientes de Sudamérica » (1977 : 58). Media página para referirse al « espíritu guerrero ». En otro texto leemos que los araucanos « se trezaban en cruentas luchas de venganza, cuyos orígenes se remontan a la generalizada creencia de que enfermedades y muertos eran causadas por brujerías y males de ojos » (Villalobos et al., 1974 : 52). Tampoco hallamos evidente realce de la lucha araucana en los manuales de los años 80, salvo algún texto como el del salesiano Manuel Acuña Peña que se refiere al « espíritu belicoso e independiente del indio » y a « una lucha que duró más de tres siglos » (1980 : 74). En aquellos manuales, por el contrario, el hecho de que los araucanos no hayan tenido nada de « pacíficos », aparece más bien como un elemento perturbador de la expansión de la fe en los siglos coloniales y del progreso en el período republicano ; además, conforme con esos textos, « las energías guerreras de los mapuches » se encontraban ya debilitadas por el mestizaje y el comercio. Prevalece un discurso discriminatorio, desvalorizador del araucano.

La « mentalidad general » no se nutría únicamente de La Araucana y de algunas crónicas, sino de otros mitos. De aquéllos que servían a la oligarquía. A este respecto, los notables estudios de historiadores como Domingo Amunátegui, Ricardo Donoso y Guillermo Feliu Cruz -escribe M. Carmagnani- no han podido mucho

« contra los mitos colectivos generados por los intelectuales orgánicos de la oligarquía. Lo prueba el hecho que los manuales de historia de Chile largamente difundidos entre los estudiantes y público en general, como los de Luis Galdámes y Francisco Frías Valenzuela, dan una imágen muy tradicional de la historia de Chile : los hechos históricos son presentados con el estilo de los historiadores liberales y las ideas que difunden son, en cambio, una visión moderada de las elaboradas por los intelectuales de la oligarquía » (Carmagnani, 1980 :126).

Es esa imagen tradicional de la historia la que debería ser objeto de discusión. Esa historia escrita para las « familias patricias », la que se entretuvo en « latas genealógicas », la que « simpatiza con las dictaduras » (G. Feliú, en Jobet, 1952 : XX).

Ahora bien, ¿a quién benefició la leyenda que se cuestiona en los años 80? Indiscutiblemente no fue a los araucanos. Para éstos, significó silenciar la « guerra inmoral » que soportaron en el siglo XIX ; implicó asimismo asistir a los adjetivos y a las discriminaciones sin posibilidad de réplica.

Cuando se rescata simbólicamente la resistencia araucana frente al conquistador hispano para alimentar la formación y la exaltación del patriotismo, nos confrontamos a una construcción ideológica cuyos arquitectos fueron los detentores del poder político. Ideología que a lo largo del siglo XX nos transmitió la imagen de un pasado uniforme, nos impuso la idea de una nación unitaria y homogénea. Aquí está la fuente principal de la « leyenda ». Tal vez la tarea prioritaria sea la de profundizar el análisis de esa ideología subyacente en la historia que nos enseñaron a través del sistema escolar, en lugar de apuntar primero a las « exageraciones » de Ercilla y a empeñarse en demostrar una inexistente condición guerrera de los araucanos.

De la impugnación de la « leyenda » a los prejuicios.

La inteligencia que se atribuye a los araucanos en la guerra es, para S. Villalobos, una falta de perspectiva « que es una consecuencia más del prejuicio racial ». Pero él mismo no escapa a los prejuicios al sostener que :

« Un abismo cultural separaba a los araucanos de los españoles, dificultando la absorción del cristianismo, que en la práctica significaba abandonar la poligamia, los vicios , la venganza, las atrocidades y sus creencias religiosas o animistas » (Villalobos, 1982 :50).

Encontramos un juicio similar en un texto de historia (1984) recomendado a alumnos que preparan la Prueba de Aptitud Académica (Bachillerato) :

« ... la resistencia a aceptar la nueva fe era grande debido a que implicaba dejar una serie de costumbres como la poligamia, las relaciones incestuosas, en algunos casos, los sacrificios humanos, la venganza, el robo ... » (Etchepare y Valdés, cit. por Bengoa, s/f : 7).

Desprendemos que el problema se plantea en el plano cultural. Los araucanos no abandonaban sus costumbres, es decir, su cultura. De allí las dificultades para « la evangelización », como ya lo señalara Eyzaguirre en 1948, debido no sólo al « estado de guerra casi permanente », sino además porque en « las jerarquías del espíritu y de la cultura » están « muy por debajo » de lo que se encuentra en México y Perú (Eyzaguirre, 1980 : 44). Si miramos esto desde el lado de los « vencidos », habría que preguntarse : ¿la conquista espiritual no fue una forma de agresión ? « Se trata de una agresión cuando se tiende a modificar, bajo pretexto de religión, las costumbres que remontan a los orígenes de un pueblo » escribe R. Romano (1972 : 25. La traducción es nuestra).

En cuanto a otras malas costumbres mencionadas por los autores citados, ¿eran peculiaridad araucana ? La poligenia por ejemplo. La « raza chilena » fue numerosa desde comienzos de la conquista « merced a la extensa poligamia que adoptó en nuestro país el conquistador europeo » (N. Palacios, 1986 : 40). Por lo demás, la poligenia se suprimió en Turquía en 1922 y aún subsiste en países de otros continentes.

Entre los araucanos la poligenia tenía una dimensión económica. Esta no estaba al alcance de todos. Había que pagar las mujeres y los precios eran altos. En las pampas, por ejemplo, sólo « caciques » y « capitanejos », podían permitírselo. De modo que era signo de status económico y social (Mandrini 1998 :324) .

El « vicio » del alcohol, ¿otra exclusividad araucana ? En el siglo XVIII, «el vino deleitaba a indios, mestizos, criollos y españoles » dice Luz María Méndez (1982 : 151). En 1774, el virrey del Perú Amat y Junin, criticaba a los Capitanes de Amigos tratándolos de hombres sin religión, llenos de vicios, « predominantemente el de la embriaguez ». ¿El alcohol no fue otro medio de conquista ? El P. Manuel Sancho Granado en un Informe de 1721 se refería a las « inagotables cantidades de vino » que se entregaban a los Indios fomentando así los vicios (Casanueva, 1990 : 57). En los Parlamentos de 1716, 1738, 1782, 1793, 1803, se consumieron en total 66.213 litros de vino, lo que representó alrededor del 6% del gasto total de los parlamentos. Pero las cantidades de alcohol se duplicaron hacia finales del siglo XVIII. En los parlamentos el vino tuvo también un carácter simbólico para todos los participantes (L. M. Méndez, 1982 : 151-152). Y cuando se llegaba a casa de un indio para intercambiar productos, se regalaba vino .

Conforme a los cronistas, los indios tenían inclinación al alcohol, a la venganza, a la poligamia. Tanto manuales de los años 80 como algunos libros aquí citados, reprodujeron y prolongaron hasta hoy tales juicios y prejuicios. No es ésta una manera de prolongar la « leyenda » de los guerreros.

¿Atrocidades ?. Existieron, sin duda. « Si los indios cometieron barbaridades con sus cautivos ¿no hicieron otro tanto sus enemigos que se jactaban de civilizados ? ...Por otra parte, los indios tenían un justificativo que no podían alegar los conquistadores ; defendían el suelo natal contra el invasor » (Latham, 1915 :69).

S. Villalobos escribe a ese respecto que el ejército además de « combatir a las huestes araucanas » llevó a cabo una guerra devastadora dejando a su paso cadáveres, rucas quemadas, sementeras destruidas. « Los hombres jóvenes eran muertos o se les mutilaba atrozmente a manera de escarmiento... » (1989 : 86).

Entonces: venganza, atrocidades, crueldades, ¿una característica araucana ? Cuidado ! El vocabulario puede convertirse en signo de una ideología discriminadora o la ideología puede superponerse a la historia.

« Nuevos enfoques » de la historia.

Sin duda, como lo sugiere S. Villalobos (1980), se necesitan « nuevos ángulos para enfocar el pasado » de Chile. Pero eso supone romper más que con una leyenda, con una historia mítica que a través de su versión escolar, de los medios de comunicación, de los libros de divulgación, « de los homenajes de toda índole, las conmemoraciones y la oratoria hueca al pie de los monumentos » (Villalobos, 1980 : 47) se erigió como LA Historia de Chile. Es esta historia la que dominó sin contrapeso y que satisfizo la pretensión de los grupos hegemónicos, avivó el « patriotismo » realizando las « glorias militares », las « epopeyas guerreras » ; es la historia que sirvió a un discurso patriótico que no vaciló en apropiarse simbólicamente de la lucha araucana contra el conquistador hispano, pero silenciando los conflictos con el ejército chileno a lo largo del siglo XIX.

La historia oficial cumplió también otra función : contribuir a la visión de un pasado nacional uniforme y por consecuencia a la imagen de « unidad » nacional. Pero, una vez más, esta « unidad » sólo contó simbólicamente con el indígena, pues en la práctica éste no era sujeto de la historia del « Estado-nación ». Por consecuencia, persistir hoy en la idea de « integración » de la nación o de su « unidad » sin grandes sobresaltos ¿no es contribuir a un mito ?

En pro de « nuevos ángulos », los « estudios fronterizos » desplazaron la perspectiva nacional, totalizadora, a un enfoque investigativo regional enmarcado en la « historia de las fronteras » y en conexión con la « expansión europea iniciada en el siglo XV »¹⁰. Pero tememos de que algunas de sus ideas como las concernientes al « desarrollo desigual », por ejemplo, no se desprendan totalmente de las connotaciones que en el pasado ya conocieron. Conforme a esa idea, el « abismo cultural » que separaba a dominadores y dominados convierte a estos últimos en sectores atrasados y a quienes había/hay que « civilizar » integrándolos a la « nación »¹¹. Por este camino podríamos reencontrarnos con una idea del « progreso », del siglo XVIII, justificatoria del colonialismo : los hombres del progreso pueden supeditar a los atrasados (Ver Reyes, 1975).

Asumir nuevas perspectivas para la historia indígena, debería implicar el sacudimiento de esquemas ideológicos ya conocidos. Por ejemplo, no es posible referirse a la poligenia, al « animismo », a las « brujerías », como lo hace S. Villalobos olvidando un hecho fundamental que él mismo apunta : « cada pueblo representa un pasado y una cultura que deben ser entendidos en sí, de suerte que puedan ser comprendidos en su propia perspectiva y no en la de aquellos que les sucedieron o vencieron » (1980 : 90). Hasta ahora la visión más difundida de las culturas indígenas ha sido la del vencedor. En los años 80 particularmente, la versión histórica divulgada a través de manuales y algunas obras aquí mencionadas privilegiando la « unidad » de la nación, coincidió con un momento en que el objetivo era « la incorporación de los mapuches a la chilenidad con derechos y responsabilidades iguales a toda la población » (El Mercurio, 16.8.1978).. Para ello se decidió la división de las comunidades indígenas, haciendo de cada mapuche un propietario individual. Los dueños o adjudicatarios de las tierras divididas dejaban de ser considerados como indígenas (Decreto-Ley 2568 del 28.3.1979). Se pretendía la responsabilidad y el esfuerzo individual así como un « justo equilibrio entre trabajo y capital » (Diario Austral, 8.9.1978).

La imagen que tenemos de otros pueblos y de nosotros mismos responde a la historia que nos contaron desde niños (Ferro, 1981). O como lo dijera A. Lipchutz con más desembozo: « Nuestra hipocresía racial no es más que la prolongación de los mitos milenarios, al servicio del grupo, o clase señorial » (1975 : 263).

Tanto los mitos como una concepción del orden y del progreso han sido acuñados por las elites dirigentes. Todo aquello que escapaba a los cánones por ellos establecidos se convertía en una amenaza. De allí los estereotipos para referirse a los araucanos : salvajes, bárbaros, brutos, vengativos, borrachos.

Los mapuches en los años 80 y más especialmente con ocasión del Quinto Centenario impugnaban la « historia oficial », aquélla que entrega la visión de un pasado nacional uniforme y sin grandes asperezas.

Concluamos diciendo que no se trata de contribuir a un « mito » presentando un cuadro de guerra plurisecular implacable e ininterrumpido para exaltar la « leyenda de los guerreros araucanos », pero tampoco se trata de contrarrestar esa visión resaltando « relaciones pacíficas » supuestamente de flagrante evidencia y sólo alterado por enfrentamientos violentos intrascendentes ; ni suponer la dilución de los araucanos en un mestizaje o en una « integración », sin percances, a la nación. Esto último lo contradicen las movilizaciones mapuches de los últimos años.

NOTAS

1

Retomamos aquí el término araucano utilizado por Alonso de Ercilla en *La Araucana*.

Las palabras que aparecen entre comillas, a lo largo de este texto, sin mención de autor son de S. Villalobos

2

J. C. Ruano-Borbalan, se refiere al espacio de la estepa euroasiática como lugar de sociedades nómades fundadas en la guerra (1999 : 221). Para S. Villalobos fueron los suizos, en el siglo XVI, los « guerreros por excelencia » (1995 : 45). También los hidalgos « eran hombres hechos para la guerra » (Villalobos et al., 1974 : 85).

3 La cuestión de número se plantea también en las guerras de hoy. Según Anne Nivat, corresponsal francesa en Rusia (entrevista radial, Junio 2000. Autora de « Chienne de guerre »), hay en Chechenia 90.000 soldados rusos que no han podido desalojar a 5000 chechenios que resisten en las montañas.

4

B. Vicuña M. invoca esto en su discurso de 1868, tratando de convencer a sus colegas diputados de la necesidad de ocupar definitivamente la Araucanía.

5

Según Boccara, el vocablo mapuche no aparece en los primeros documentos. Américo Gordon apoyándose en Lenz (*Crítica de la Lengua Auca ...*, 1898) dice que los indios de Chile se habrían llamado a sí mismos Che y reche para diferenciarse de los españoles (1984 : 165-173).

6

« Los chilenos hicieron de *La Araucana*, recuperándola de manera natural, su epopeya nacional fundadora, tal como *La Ilíada* y *la Canción de Rolando* son las de Grecia y Francia » (M. Host, 1993 : 15. La traducción es nuestra).

7

Inmoral fue el término empleado por el diario *El Ferrocarril* (1869) ; « guerra de exterminio » la llamó *El Meteoro* de Los Angeles (1868), para referirse a « los asesinatos, robos, salteos a mano armada ». Cit. por Bengoa (1985 : 222).

8 En cuanto a las « relaciones incestuosas », para evitar simplificaciones, habría que remitirse a los estudios antropológicos sobre el sistema de parentesco en diferentes sociedades.

9 A menudo se apuntó y se apunta « la inagotable inclinación hacia las bebidas alcohólicas », de los indígenas (S. Villalobos, 1989 : 71). Eso no había escapado a la pluma de González de Nájera en el siglo XVII : bebedores inveterados. Una memoria de Licenciatura realizada en la Universidad de Concepción lo repetía en 1966. ¿Se quiere insinuar que es un rasgo peculiar del indígena ? Entonces, ¿qué decir de un artículo del semanario francés *Le Nouvel Observateur* (24-30.99), Alcohol : une drogue française, según el cual el alcohol provoca en Francia 30.000 muertos por año ? ¿Tendrán antepasados araucanos ?

10 Se acentúa la noción de « frontera » como « áreas de encuentro » (Pinto, 1988 : 23,24), pero habría que precisar que se trataba de « encuentros » tanto pacíficos como conflictivos, pues los españoles no habían abandonado el objetivo de conquistar el territorio situado al sur del Bío-Bío.

11 Pero no hay, como lo observa G. Boccara, un análisis del proceso de aculturación recíproca indígena-español, sino que se presenta sólo una abstracción de la cultura más desarrollada por la cultura « inferior » (G. Boccara, 1998 : 188).

9

IBLIOGRAFIA

- Acuña P., Manuel Chile en la historia, Editorial Salesiana, Santiago, 1980.
- « El indígena y la frontera », en Relaciones fronterizas en la Araucanía, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago 1982.
- Historia del Pueblo Mapuche, siglos XIX y XX, Ediciones Sur, Santiago de Chile 1985.
- « La conquista vulgar », mimeo s/f
- Pierre Les Araucans et le Chili. Des origines au XIX siècle, L'Harmattan, Paris 1996.
- « Le Chili républicain et la fin de la frontière arucane », Revue Historique, 531, 1979.
- « Etnogénesis mapuche : resistencia y reestructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile », en Hispanic American Historical Review 79 : 3, 1999.
- Guerre et ethnogenèse mapuche dans le Chili colonial, L'Harmattan, Paris 1998.
- « La problemática indígena. Una perspectiva histórica », en Information fra Spansk Afdelingen, Romansk Institut Aarhus Universitet, december 1982.
- « Historiografía y conciencia nacional », en Araucaria de Chile, n° 10, Madrid 1980.
- « Indios malos en tierras buenas. Visión y concepto del mapuche según las elites chilenas del siglo XIX », en Jorge Pinto, Modernización, Inmigración y mundo indígena. Chile y la Araucanía en el siglo XIX, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco 1998.
- « Los mapuches : economía y guerra en una sociedad libre », en Mapuche-Apuntos, Belgique 1984.
- « Estudio preliminar », La Araucana, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires 1977.
- La Araucana, Edit. Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1977.
- Economía histórica de Chile, Editorial universitaria, Santiago 1980.
- « nació la Frontera ... », Editorial Antártica S.A., Santiago 1986.
- « on raconte l'Histoire aux enfants, Payot, Paris 1981.
- « e » a La Araucana. Le cycle de Lautaro, Utz-Unesco, Paris 1993.
- Consideraciones sobre el significado de la palabra 'Mapuche ' », en Actas Jornadas de lengua y literatura mapuche, Universidad de la Frontera, Instituto Lingüístico de Verano, Temuco 1984.
- société au Chili. Essai de sociologie coloniale, I.H.E.A.L., Paris 1961.
- «ayo crítico del desarrollo económico-social de Chile, Editorial Universitaria, Santiago de Chile 1955.
- capacidad guerrera de los araucanos, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile 1915.
- El problema racial en la conquista de América, Siglo XXI editores, México 1975.
- sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX », en Antropología, Eudeba 1998.

La organización de los parlamentos de indios en el siglo XVIII », en Relaciones fronterizas en la Araucanía, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago 1982.

auca, elogios y vituperios », en Don Alonso de Ercilla inventor de Chile, Editorial Pomaire, Barcelona 1971.

Palacios, Nicolás Raza Chilena, Editorial Antiyal, Santiago 1986.

Misiones y Misioneros en Chile, 1600-1900, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco 1988.

Historia de las ideas colonialistas, Fondo de Cultura Económica, México 1975.

Les mécanismes de la conquête coloniale : les conquistadores, Flammarion, Paris 1972.

C. "L'Histoire des peuples guerriers", L'histoire aujourd'hui, Ed. Sciences Humaines, Paris 1999, pp.219-224.

Discursos parlamentarios, Universidad de Chile, Santiago 1939, T. 3.

et al. Relaciones fronterizas en la Araucanía, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago 1982.

Guerra y Paz en la Araucanía, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco 1985.

Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco, Editorial Andrés Bello, Santiago 1995.

Historia del pueblo chileno, vol. 1, 1980.

Historia de Chile, Tomo 1, Editorial Universitaria, Santaigo 1974.